

Un capítulo aparte abren sus dos elegías incluidas en la primera sección *Poesía de la tierra natal*, donde las cualidades del lírico se muestran desplegadas al máximo, la tensión del sentimiento, la plasmación en acertadas metáforas. Construidas según la estructura elegíaca tradicional, demuestran “cómo se puede mantener la tensión poética sin descender a prosaísmos de moda”, dice el prologuista Miguel Arteche. Sólo añadamos que los prosaicos procedimientos discernibles en ambos poemas, están en admirable función del lirismo fundamental. En él se adivina, especialmente en su tercer momento, una potencia poética que es casi un imperativo de fecundidad, la misma que inspirara aquellas admirables palabras de Keats: “y, por haber pasado dos días sin escribir nada, un temblor me invadió de pies a cabeza”. En resumen, la obra de un hombre que ha cumplido cabalmente el proceso de su existencia, desplegando una vivencia poética que se esfuerza por hacer justicia al mundo y a su propia alma.

Pero a pesar de este difícil cumplimiento individual, a pesar de los evidentes dotes líricos de Baeza, hay bajo su aparente compromiso un afán poético sólo contemplativo, algo desganado, y una abundante gesticulación de hastío. Se ha hecho justicia al mundo, es cierto, pero una justicia lingüística con matices puramente sentimentales. Sus últimos poemas, producto de un maduro espíritu, son también el cuasi regreso al primer estadio, son la vuelta al solipsismo. La negación de la negación con todas sus complicaciones. “Mensaje para algún día” (*¡algún día!*), de insuficiente calidad literaria, es un poema de intención humanista, una bondadosa creencia en la historia. Mas, bajo esta buena intención y estas creencias, se oculta, como la muerte viva en sepulcro blanqueado, el rechazo del mundo y su tiempo *epocal* (*¿qué palabra es ésta?*). La mirada hacia el futuro, la esperanza proyectada en un luengo futuro del año tres mil, del cual no damos cuenta sino en la fantasía, es el asco hecho al instante presente. Mientras tanto, mientras proclama a voces en sordina que nuestra cultura se derrumba, Baeza Flores se torna hacia su propia intimidad como una crisálida cualquiera. Y desde allí deja escapar sus exabruptos de negación y comprometidísimo optimismo, en una excelente y bien construida explosión barroca, como es su *Cinco... cuatro... tres... dos... uno... cero. Somos los huérfanos de un tiempo cernido entre una arena cósmica*, dice, en una exhibición de desamparo. Es verdad, nadie podría negarlo. Sin embargo su denuncia no es sino el latido de un corazón que agoniza. Así sea. Si compromiso es también callar, Baeza es un poeta profundamente comprometido.

JORGE NARVAEZ

<https://doi.org/10.29393/At421-422-75RFAL10075>

*Ramas sin fondo.* ROSA CRUCHAGA DE WALKER. Colección La Muralla. Avila

LA CRÍTICA literaria no habría considerado suficientemente la poesía

de Rosa Cruchaga de Walker. La balumba lírica, nacional y femenina, es culpable de la disminución del espíritu discriminatorio.

*Descendimiento*, su primer libro, aparecido en las ediciones Alerce, en 1959, ofrecía genuina elevación de espíritu, y un lenguaje, si hermético, connatural a los contenidos, aquellos temas suyos de maternidad, amor y muerte. Centelleaba en esos versos una visión, se padecía una quemadura de la vida. Ciertos acentos mistralianos de la Gabriela madura, determinaban esta obra, poseída de alma, sin velar su propio mundo.

*Después de tanto mar*, en 1963, experimentó un mayor ahondamiento en la esencia de las cosas, vistas, a veces, como objetos de contemplación, expuestos para mostrar la plenitud del ser humano, limitado en la esencia y eterno en su vuelo. *La jarra*, en tal sentido, es un poema ejemplar.

Este, junto con *El guante olvidado*, *Como el arco del alba* y otros más de los mejores, han sido seleccionados; al conjunto se agregó una veintena de inéditos. De este modo tenemos el volumen titulado *Ramas sin fondo*, editado por gente joven, Lidio Nieto y Feliciano Blásquez, universitarios españoles. Prologa Miguel Arteche, delegado cultural en Madrid de la Embajada de Chile.

Estas ramas líricas de mucha hondura, a pesar del nombre, hacen muy visible la muerte como forma verdadera, a pesar de que la vida sopla fuerte en estos versos. Pero en el encuentro de estas dos vertientes de la existencia reside un signo clave de la poesía de Rosa Cruchaga, tan evidente en su nuevo libro: maneja una contradicción interna de las cosas: *Desollado y vestido / el ramo siemprevivo por la nada* (25). *El niño ciego, acertando me mira, / no en el rostro que doy: el que desmiente* (52) *El agua lejos se ha encendido...* (53).

El lenguaje se dilata a varios extremos, en esta visión de conjunto; el simbolismo lleva la mejor parte, pero también se asoman muestras de verso clásico, otras de lenguaje directo, sin perder nunca su concentración expresiva, porque en estas Ramas, "nada es pura forma: todo es substancia y acción por medio del símbolo".

Existe una acción poética en esa estructura interna de casi todos los poemas, se manifiesta por el continuo transporte del mundo, del paisaje, de los sentimientos, de la angustia y del herirse el costado, el cual se dirige hacia una región de misterio, donde hay Alguien.

Siempre se divisa esa Presencia, acecha en los versos. Rosa Cruchaga la ve hasta en un limón, como mujer herida por la Fe, capaz de agarrarse poéticamente a un objeto, del mismo modo que se aferra a los muertos o a los hijos, porque se siente poseída por la Huella, palpitando en todos esos elementos. Con esta ansiedad multiplica las imágenes, inventa símbolos. En el poema *Limón*, va pasando de la cáscara (con significado de paz y luz al zumo, con el color del cielo, y ya se está transformando en el

árbol, con sabor a tiempo que pasa y a toda la acidez de la vida. *Ya podremos decir / enteramente: Dios.*

Ahora que se habla de la escasés de poesía religiosa en Chile, creo valioso llamar la atención sobre esta poetisa tan olvidada, tan joven, de índole inocente ante el mundo, capaz de enfrentar la existencia tanto como el don terrible de la poesía.

Rosa Cruchaga es un lugar hermoso de las letras de Chile. Rompamos lanzas por sus molinos: muelen trigo, pero también se ven en ellos fantasmas.

ALFREDO LEFEBVRE

*Entre la infancia y las leyes...* (JAIME QUEZADA: *Las palabras del fabulador*)

Exactamente inmersa en el seno familiar, esta poesía busca reconstituir los indicios de la vieja fábula.

¿Qué clase de indicios?

Los claros y los sombríos; los límpidos y delictuosos; los visibles y también los secretos.

Uno blanco y luminoso:

*Digo pan*

*y la mesa extiende su mantel  
como un cuaderno de dibujo...*

La fábula nace con la palabra. También la fábula por antonomasia de los poetas, ésa de la infancia. Contra la realidad exterior y contra un interior irreal, la realidad anterior a todo. Sin aristas, sin peso social, ese tesoro de otro tiempo es acunado por el poeta, para que su brillo deslumbre la pobreza presente de las cosas. Una simple palabra ha bastado, un conjuro monosilábico: *pan*. Gracias a él, surgen las presencias cotidianas de antaño, las ausencias de ahora. Pulsando mágicamente, el sonido transfigura las cosas en la evocación, desplegando los materiales de la blancura. Esos tres versos resultan, de este modo, un minúsculo oleaje emocional, que restaura fugazmente la espuma del pasado.

Hay en Quezada una creencia, casi la superstición en el poder evocador de las palabras. Escribe en otro poema:

*La mañana vacía los tarros de la leche  
Y bastaban estas palabras  
para encontrar hasta la herradura  
que una vez perdió el caballo del panadero.*